

# MANUEL DE JESÚS ÁVILA VILLAREAL

Originario de la sierra de Durango, es licenciado en Intervención Educativa por la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011, Aguascalientes, es taekwondista y maestro de inglés. Miembro del Club Rotaract Ejecutivo de Aguascalientes. Actualmente radica en la ciudad de Aguascalientes y en Calvillo.

## Tengo tantos años...

Cuando escucho a alguien decir “tengo quince años”, “tengo dieciocho años”, “tengo treinta y cuatro años”, “tengo sesenta y tres años” e inclusive “tengo ochenta y tantos años”, dentro de mí nace la pregunta, “¿dónde los tienen?”. Aún no lo entiendo, ni siquiera logro comprenderlo, pero lo que sí sé es que el tiempo es algo que no se puede tener. El tiempo sólo se puede contar y a la vez vivir con él, no espera a nadie, pero se puede presumir de él y en vez de decir tengo tantos años, suena mejor decir: hoy he vivido tantos años. Y hablando de que el tiempo no espera, cómo ha pasado el tiempo en mi vida, o más bien cómo he vivido tantos años.

Recuerdo mis días de secundaria, cuando por las tardes nos reuníamos los de la cuadra, ese bello tiempo pasó rápido. Entre los cuates estaban Dayan (hijo de mi padrino), Tláloc (hijo de los maestros), Osiel (hijo del taxista), Manuel (hijo del síndico), mi hermano Ariel y yo (hijos del mecánico). Todos de edades parecidas y con grandes visiones de sobresalir en el mundo, de sacar buenas notas en la escuela y, por supuesto, pasar la tarde juntos haciendo cualquier cosa.

Cómo olvidar esas tardes de risa entre nosotros cuando comenzábamos con los chistes hacia nuestras madres (claro, sin ofender) y, por supuesto, siempre les ganaba. “Tu mamá es tan gorda que le da miedo sentarse en un banquito”, se escuchaba la expresión seguida de carcajadas, a lo que yo contestaba: “Tu mamá está más gorda que la mía, se sienta en el banco y se cae por todos lados”, las carcajadas no paraban, yo ya había ganado.

Muchos chistes surgieron de esas tardes que he vivido y recordado con agrado, sin embargo, ya no he encontrado a alguien que guste de jugar así. Por si las dudas, he actualizado mis chistes, como, por ejemplo: “Tu mamá es tan gorda que necesitó de crear dos perfiles de Facebook” o “Tu mamá es

tan gorda que no puede mandar sus fotos por WhatsApp, pesan muchos megas”, entre otros chistes que tengo almacenados.

Esas tardes se esfumaron también en recorrer Calvillo en bicicleta y nadar en el tanque de don Moy los días soleados. Recuerdo que en varias ocasiones, andando en bicicleta o nadando en el tanque, comenzaba a llover y en vez de correr a refugiarnos, continuábamos con nuestras actividades bajo la lluvia. Ahora no es así, comienza a llover y todos corremos a refugiarnos.

Los años han pasado, los tiempos han cambiado, ya nada es como antes... A veces me da tristeza y melancolía pensar en esos cambios, pero me lleno de alegría al saberme afortunado con buenos recuerdos durante la secundaria con los amigos de la cuadra. Estoy seguro que aún seguiré escuchando a personas festejar: “tengo dieciocho años”, “tengo veintinueve años”, “tengo cuarenta y un años”, “tengo ochenta años”, y aunque les pregunte que dónde los tienen, dónde los guardan o que me los enseñen, eso no cambiará su expresión.

Creo que lo importante no es cómo expresamos la edad que tenemos, sino expresar la edad que hemos vivido, rodeado de grandes amigos... Y en esta noche, en compañía de mis amigos cofrades, quiero festejar que hoy he vivido 23 años.

## **Bendito elevador**

“Lo siento, llevo prisa”. Ésas fueron las primeras palabras que recuerdo haberte mencionado. Es curioso, en mis tiempos de galán no recuerdo haberme presentado así a alguna linda chica, siempre era un “Hola, disculpa, ¿qué hora tienes?”, y en casos extremos: “Eres muy bonita, creo que debo conocerte”. Pero en esta ocasión todo era diferente, podía observar mi dedo índice presionando el botón del número dos del cuadro de botones

del elevador y de reojo observar cómo me mirabas, me sonreías de una manera misteriosa, pero amigable.

Tú no pronunciaste palabra alguna, sólo te me quedaste viendo y eso me hizo sentir algo de nervios; para no hacerlo notar decidí preguntarte a qué piso te dirigías y con tu respuesta sólo quedó presionar el botón con el número cuatro. No pasó mucho tiempo para que las puertas del elevador se abrieran y una luz amarilla indicará que estábamos en el segundo piso; volteé a verte antes de salir, caminé hacia el pasillo y nuevamente te contemplé, te sonreí y sin mayor apuro me regalaste una sonrisa...

De camino a mi habitación, el cuarto número 254, pensaba en ti. Pensaba en esa primera mirada, en esa sonrisa y me preguntaba en qué habitación te estarías hospedando. Sabía que acababas de llegar y que estabas en el cuarto piso, así como que tendría tres largas semanas para volverte a ver y conocerte. No sabía lo que esas tres semanas me deparaban y ni lo podía imaginar...

Tres semanas en Texas, en el condado de San Antonio, hospedado en un Holiday Inn, asistiendo al San Antonio College del distrito de Alamo Colleges, para tomar un curso de inglés intensivo; fue ahí donde esta historia comenzó. Aparte de asistir a clases de lunes a viernes, los dos sábados siguientes ya los teníamos ocupados con dos excursiones. El primer sábado iríamos a Austin, TX, donde conoceríamos el Zilker Botanical Garden, después un almuerzo en Subway y para terminar el día al Capitolio de Texas.

La mañana había transcurrido con la naturalidad de un turista; fotos por aquí, asombro por allá, comparaciones con el lugar de origen y al final la convivencia entre amigos para bromear un rato, todo en relación al zoológico y su magnificencia en flora. El almuerzo dio paso a la tarde y con ella la llegada al Capitolio; el recorrido exterior fue necesario: fotos, *selfies*, bromas y carreras a la puerta principal sobraron entre los com-

pañeros. Después de una revisión oficial, estábamos adentro. Recorrimos el lugar de abajo hacia arriba, de izquierda a derecha, habitación por habitación, sala por sala, foto por foto, y al acercarnos a la salida... ahí estabas.

